



Carlos Osoro Sierra  
Arzobispo de Oviedo

**«EN LAS HUELLAS DE LA CONVERSIÓN»**  
**CARTA PASTORAL ANTE LA CUARESMA Y EL SÍNODO DIOCESANO**  
19 DE FEBRERO DE 2007

**V**amos a entrar en un tiempo privilegiado para aprender a permanecer en la vida como discípulos de Jesucristo. Comenzamos un nuevo tiempo litúrgico que tiene una meta muy clara: la celebración de la Pascua. En la carta pastoral que os acabo de escribir con motivo de la apertura del Sínodo diocesano, os pido que viváis en unidad las tres dimensiones de la vida cristiana: sacramental, profética y caritativa; es decir, la eucaristía, la escucha de la Palabra de Dios y la caridad. Por eso deseo que pongáis una atención especial a la Palabra en esta Cuaresma que ahora comenzamos. Os invito a tener una atención más viva a quien nos habla y nos invita a la conversión. Os convoco a tener una mirada más firme al rostro del Señor para aprender de Él a vivir desde el ser. Os propongo que dediquéis más tiempo a la oración y a la escucha de la Palabra de Dios.

¡**Q**ué fuerza transformadora tendría en nuestra Iglesia Diocesana que en todas las parroquias de la Diócesis y en las capillas públicas, tuviéramos, al menos un día a la semana y a la hora más oportuna para los fieles, la exposición del Santísimo durante una hora y que pusiéramos al alcance de todos los cristianos los textos bíblicos de los diversos domingos de Cuaresma que ayuden a hacer la oración en silencio, terminando con el rezo de Vísperas de todos los que han contemplado al Señor!

**J**unto a Jesucristo nos encontramos con el amor de Dios revelado plenamente en Él. A su luz, veremos nuestras oscuridades y experimentaremos la gracia de celebrar el Sacramento de la Penitencia. Sentiremos al Señor a nuestro lado, a través del sacerdote que hace las veces de Jesucristo mismo, y, con profundo arrepentimiento y dolor de corazón, podremos percibir cómo a través del sacerdote, oímos al Señor que nos dice *«yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»*. En mi mesa de trabajo tengo una reproducción de un Cristo de Dalí que hace años me regalaron. Está sosteniéndose sobre una columna en posición de crucificado, pero se ha soltado de la cruz que ya no existe. En esta figura Cristo mira desde lo alto, mientras extiende sus brazos en un gesto de amor hacia los hombres. Siempre que lo contemplo pienso en el inmenso abrazo que Dios quiere dar a los hombres. Dios quiere siempre envolvernos en su amor, ¿por qué no dejas que te envuelva? Envueltos en su Amor, damos de ese Amor. Rodeados de la densidad del amor de Dios manifestado en Jesucristo, devolvemos a los hombres y a la historia el Amor que construye, desarrolla, hace crecer, defiende la vida, promueve la solidaridad, acoge a todos los hombres, nos da el rostro verdadero y humano que hemos de tener y que nos lo regala quien es divino. ¿Por qué no dejarnos envolver? La propuesta que os hago en la Carta pastoral «A la misión desde la conversión» tiene una unidad total con la que os realizo hoy al comienzo de la Cuaresma.

**P**ara estar en las huellas de la conversión hay que ir tras las huellas de Cristo. Os propongo cinco pasos que corresponden a los textos de los Evangelio que vais a escuchar durante los cinco domingos de Cuaresma:

1. Entra en el desierto para ver lo importante
2. Sube a la montaña con Cristo y transfigúrate
3. Déjate esculpir por la paciencia de Dios
4. Utiliza para vivir el título más grande del hombre: ser hijo y hermano
5. Déjate perdonar por Jesús celebrando el Sacramento de la Penitencia

### 1. ENTRA EN EL DESIERTO PARA VER LO IMPORTANTE

«*En aquél tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y, durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo*» (cf. Lc 4, 1-13). Te invito a que entres en el desierto como lo hizo Jesús. ¿Qué tentaciones se dan hoy? Los temas que los diversos sínodos de obispos han tratado son respuestas a las grandes tentaciones que podemos tener hoy.

**Entra en el desierto y mira:**

1. Mira si realizas el esfuerzo necesario y pones todo el interés en anunciar. Mira si evangelizar constituye la dicha, la vocación y tu identidad más profunda como miembro de la Iglesia que eres. Llevemos a todos los ambientes de la humanidad la Buena Nueva y así transformaremos y renovaremos desde dentro esta humanidad. (cf. *Evangelii nuntiandi*).

2. Mira si nuestras catequesis, especialmente las que se dirigen a los niños y a los jóvenes, se fundan en lo esencial y a la vez popular; es decir, si están hechas de gestos y palabras sencillas, capaces de llegar a los corazones, para acercar generosamente el Misterio de Cristo. Esta es la tarea primordial en la misión de la Iglesia. (cf. *Catechesi tradendae*).

3. Observa si el matrimonio y la familia son reconocidos hoy como los bienes más preciados de la humanidad. La misión que ha recibido la familia es custodiar, revelar y comunicar el amor como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por los hombres y del de Cristo por la Iglesia su esposa. (cf. *Familiares consortio*).

4. Mira si estamos dispuestos a trabajar por la reconciliación en nuestra humanidad. No puede existir reconciliación sin conversión y la fuente de la reconciliación es Cristo mismo, pues la reconciliación sólo viene de Dios. El gran drama del ser humano es el pecado, que ha venido a eliminar Jesucristo y que es causa de enfrentamiento. Solamente Cristo puede ofrecer el don de la reconciliación y de la conversión. Para un cristiano el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de los pecados ofrecido por Cristo es el Sacramento de la Penitencia celebrado tal y como dice la Iglesia. (cf. *Reconciliatio et paenitentia*).

5. Mira si los fieles laicos conocen la radical novedad cristiana que se deriva del bautismo y los compromisos que ello comporta en medio del mundo. Laicos son llamados a la santidad, santificándose en el mundo. (cf. *Christifideles laici*).

6. ¿Somos conscientes de que la Iglesia no puede vivir sin la obediencia fundamental que se sitúa en el centro mismo de su existencia y de su misión en la historia sin sacerdotes?: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes*» (Mt 28,19) y «*haced esto en conmemoración mía*» (Lc 22,19) (cf. *Pastores dabo vobis*).

7. Observa si la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo de su misión. La vida consagrada, a través de sus diversos carismas, expresa en la Iglesia la íntima vida sponsal que los consagrados tienen con Cristo. (cf. *Vita consecrata*).

8. Mira si ponemos la eucaristía como centro y culmen de nuestra vida cristiana. «*La Iglesia vive de la Eucaristía*» (EdE 1). «*Contemplar a Jesucristo implica saber reconocerle donde quiera que Él se manifieste, en sus múltiples presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su Cuerpo y de su Sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada*» (EdE 6). Una eucaristía que ha de ser para nosotros celebración y contemplación.

## 2. SUBE A LA MONTAÑA CON CRISTO Y TRANSFIGÚRATE

«**E**n aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos...» (cf. Lc 9, 28b-36). Te invito a vivir esta experiencia extraordinaria. Jesús sigue llevándonos a contemplar la vida desde unos horizontes absolutamente nuevos. Nos conduce hasta la montaña como a Pedro, Juan y Santiago, porque desea que descubramos su rostro. En aquel monte el Señor no habla a sus discípulos, sino que se transfigura ante ellos. Cristo pide que no eludamos las preguntas fundamentales de la existencia humana: ¿qué debo hacer? ¿cómo puedo discernir el bien del mal? A estas preguntas solamente es posible responder gracias al esplendor de la verdad que es el mismo Cristo. En la contemplación de su rostro, en el esplendor de la verdad que se revela en Cristo, hallamos la respuesta a todos los interrogantes de la existencia humana. De ahí la importancia que tiene subir a la montaña con Jesucristo. En la Biblia, el monte es lugar de revelación donde se manifiesta el esplendor de Dios y de su luz, el lugar de revelación de la Verdad viva, del Bien y de la Belleza: «*Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle*» (Mc 9,7)

**E**s una oportunidad más la que nos da el Señor para convencernos, de una vez para siempre, que la luz del rostro de Dios resplandece con toda su belleza en el rostro de Jesucristo, «*imagen de Dios invisible*» (Col 1, 15), «*resplandor de su gloria*» (Heb 1, 3), «*lleno de gracia y de verdad*» (Jn 1, 14). Él es «*el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn 14, 6). En la transfiguración comprobamos que Jesucristo da la respuesta decisiva a cada uno de los interrogantes del hombre, tal como nos recuerda el Concilio Vaticano II: «*Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado*» (cf. GS 22).

¡**Q**ué energía desprende el relato de la transfiguración cuando contemplamos al Señor subiendo a la montaña con sus discípulos! Una vez allí, cuando ellos ven como «*cambia el aspecto de su rostro*», Pedro, en nombre de todos, le dice: «*Maestro, qué bien se está aquí*» (Mc 8,5) ¿Por qué están bien? Porque habían llegado en un estado de ignorancia y el Señor les situaba en la verdadera sabiduría. Y es que allí, en el rostro de Cristo, descubrieron la verdad de su vida, de todo lo que existe: habían encontrado todos los argumentos para dar respuesta a las preguntas más serias de su existencia.

**L**a transfiguración de cada uno de nosotros es don y gracia del Señor. Hay una condición que favorece nuestra transfiguración en Jesús y con Jesús, y es la disponibilidad para acoger la gracia del Espíritu a través de la oración. La oración siempre nos abre a Dios y aparta de nuestras vidas todos los miedos y resistencias que sobrellevamos. Por otra parte, nuestra transfiguración se lleva a cabo «*reflejando, como en un espejo, la gloria del Señor*» (2Cor 3,18) contemplada en la Sagrada Escritura.

**S**eamos, también, conscientes de las dificultades para la transfiguración. En el relato evangélico se nos dice que «*Pedro y sus compañeros se caían de sueño*» (Lc 9,32). Y es que la primera dificultad para transfigurarnos nace de la condición antropológica que aparece en nuestra sociedad, marcada por rasgos agudos de fatiga y cansancio, de desesperanza y desilusión, quizá fruto de las dificultades que tenemos para elevarnos y salir de nosotros mismos. Por otra parte, la fatiga crea en nosotros remordimientos; es decir, nos sentimos cansados, contrariados, irritados y crispados a la búsqueda de culpables de tantas situaciones. Constatamos que la sociedad no nos trata como a cada uno nos gustaría y en muchos se genera el disgusto de vivir..., tantos pesos que nos hacen llegar a olvidar hasta los compromisos adquiridos en nuestras vidas. Pero, sobre todo, puede que el mayor obstáculo para la transfiguración sea llegar a pensar y convencernos que hubo un error en la opción del camino de fe tomado un día. Qué importante resulta para todos los cristianos vivir la experiencia de los apóstoles en la montaña: «*Llegó una*

*nube que los cubrió...Una voz desde la nube decía: Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle» (Mt 9, 34 ss)*

### 3. DÉJATE ESCULPIR POR LA PACIENCIA DE DIOS

«**Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde? Pero el viñador contestó: Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortas**» (cf. Lc 13, 7-9). Así hace Dios con nuestra vida. San Ignacio dice, en el segundo ejercicio de la primera semana sobre los pecados: «*Acabar con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante*» (EE, 61). ¿Quién es este Dios que nos invita pacientemente para que le dejemos esculpir nuestra vida? En Jesucristo se nos revela ese Dios que, como el viñador, nos dice: déjale aún, que yo me encargaré de estar a su lado y acercarle mi gracia.

La Madre Esperanza, fundadora de la Obra de la Iglesia, tiene una expresión que me impresionó la primera vez que la leí. Tiene mucho que ver con lo que el Señor quiere de nosotros cuando nos pide que nos dejemos configurar por la paciencia de Dios: «*Es necesario hacer que los hombres conozcan a Dios, no como un padre ofendido por las ingratitudes de sus hijos, sino como un padre bueno que busca por todos los medios la manera de confortarles, ayudarles y hacerles felices y que les sigue y les busca con amor incansable, como si no pudiese ser feliz sin ellos*».

¡Qué energía poseen palabras del Evangelio para descubrir la paciencia de Dios para con cada uno de nosotros: «*Éste acoge a los pecadores y come con ellos*» (Mc 2,16). ¿Quién es ese Dios que nos revela Jesús? Pudiera parecer una expresión excesiva e incluso ofensiva, pero no lo es. Nosotros hablamos de un Dios que, por amor y valga la expresión, ha perdido la cabeza y corre tras personas insignificantes que incluso que hacen cosas un tanto extravagantes. Dios siempre en búsqueda del hombre, porque quiere esculpir su rostro divino en el mismo rostro humano. Un Dios que nos descubre que son objeto de su atención aquellos por los que tan siquiera valdría perder el tiempo en cualquier cultura, pues se encuentran lastrados en situaciones de las que ya no podrían salir. Dios, que nos revela en Jesucristo la posibilidad de encontrar salidas a nuestros problemas existenciales y de vida. Como a la higuera, el Señor dice: «*Yo cavaré a su alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto*» (Lc 13, 8). Y la gracia de Dios alcanza siempre al hombre y lo transforma, pues tiene más fuerza que la desgracia, que el pecado. Dejémonos esculpir por Dios mismo, Él puede rescatar nuestra vida porque lo puede todo. Como San Pablo, digamos: «*Tu gracia me basta*» (2 Cor 12,9)

Descubramos la profundidad que tienen estas palabras del Papa Juan Pablo II: «*El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor...revela plenamente el hombre al mismo hombre*» (RH, 10). Por eso Dios tiene esa paciencia ilimitada para acercarse a cada uno de nosotros. Dios, que sale siempre al encuentro del hombre con su expresión más clara y gozosa: Jesucristo, rostro de un Dios tan interesado por el ser humano que Él mismo se hace Hombre. También hoy sale Jesús al encuentro del hombre para decirnos: «*Conoceréis la verdad y la verdad os librará*» (Jn 8, 32). Sólo Cristo es quien trae la libertad basada, sobre todo, en la verdad.

#### 4. UTILIZA PARA VIVIR EL TÍTULO MÁS GRANDE DEL HOMBRE: SER HIJO Y HERMANO

«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna...emigró a un país lejano...Cuando lo había gastado todo...Recapacitando entonces...Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo...Su hijo mayor estaba en el campo...se negaba a entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo...deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado» (cf. Lc 15, 1-3. 11-32). Para alcanzar este título de hijo y hermano tenemos que vivir de la misericordia de Dios, de su amor misericordioso. Porque lo que nos hace perder el título de hijo y hermano, es la ruptura de la alianza de amor, el rechazo de la gracia, el asentarnos en el pecado. Lo que el hijo pierde es su dignidad, la que como hijo tiene en la casa paterna, donde vive la libertad auténtica y donde el amor del padre es capaz de extraer de todos sus límites un bien.

¿Cómo alcanzar y mantener este título de hijo y hermano? Solamente se puede alcanzar porque el padre es fiel a su paternidad y a su amor, mostrada tanto en el hijo menor como en el mayor. El título de hijo y hermano, no se alcanza por una conquista personal de los hijos. La vuelta a la dignidad, los hijos la alcanzan por la fidelidad del padre a su paternidad. Es una fidelidad paterna impregnada de amor. Mostrada en el hijo pequeño así: «Le salió conmovido al encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó». Y mostrada en el hijo mayor así: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido».

Las causas de la conmoción del padre hay que buscarlas en que se ha salvado un bien fundamental, el bien de la “humanidad” de sus hijos, su imagen verdadera que es el hecho de ser «imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,27) Se nos revela que el amor brota de la esencia de la paternidad. Y es en ese amor y desde esa paternidad sentida, vivida y acogida, desde donde podemos asumir en nuestra vida, para vivir conscientemente de Él, el título más grande de un ser humano: ser hijo y hermano.

La parábola del hijo pródigo o mejor del padre misericordioso, expresa de la manera más sencilla, pero al mismo tiempo más profunda, la realidad de la conversión. Conversión desde la que se alcanza lo que tiene por objeto: dar una versión nueva a la vida, la que se nos ha revelado en Jesucristo; es decir, vivir con el título de hijo y hermano. No se pueden separar ambas realidades, pues quien es hijo, necesariamente, ha de vivir como hermano. Y al revés, quien dice que es hermano tiene que tener paternidad. Una paternidad que se impregna de amor y que se manifiesta en la misericordia, que es verdadera cuando promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. ¿Es que no es un bien haber alcanzado por la misericordia lo que ambos hijos habían perdido, uno la filiación y el otro la fraternidad? ¡Qué misión más bella la de la Iglesia: entregar a los hombres, en nombre de Jesucristo, este título de hijo y hermano, hijo de Dios y hermano por eso de todos los hombres!

#### 5. DÉJATE PERDONAR POR JESÚS CELEBRANDO EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

«Le traen una mujer sorprendida en adulterio...La ley de Moisés manda apedrear a las adúlteras...El que esté libre de pecado, que tire al primera piedra...Ellos al oírlo se fueron escabullendo...Y quedó sólo Jesús, con la mujer...Jesús dijo: Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (Jn 8, 1-11). ¡Qué hondura tiene para nuestra vida ver al Señor entregando personalmente el perdón! Ello nos está pidiendo que en el camino de la perfección cristiana, la celebración del Sacramento de la Penitencia, tenga una fuerza esencial. Celebrarlo siendo fieles a la voluntad de Dios revelada en Jesucristo, al amor a la

Iglesia expresado en la docilidad a su Magisterio, es un compromiso ineludible para nosotros los cristianos. Sobre la esencia del Sacramento de la Penitencia ha quedado siempre sólida e inmutable en la conciencia de la Iglesia la certeza de que, por voluntad de Cristo, el perdón es ofrecido a cada uno por medio de la absolución sacramental que nos es dada por los ministros de la Penitencia.

**En** este tiempo de Cuaresma os invito a que celebréis el Sacramento de la Penitencia, que comporta unas verdades fundamentales que son ineludibles. Os invito a vivir con la Iglesia desde estas convicciones fundamentales:

**1.** Para un cristiano el Sacramento de la Penitencia es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de los pecados graves cometidos después del bautismo. No podemos prescindir de ese instrumento de gracia y salvación que el Señor nos ha entregado a través del sacramento del perdón.

**2.** Hay otra convicción que se refiere a la función del Sacramento de la Penitencia para quien acude a recibirlo: descubiertos sus pecados y la condición de criatura sujeta al pecado, se compromete a renunciar y a combatir el pecado, acepta la pena y recibe la absolución. Pero, además, de ese carácter de juicio de Dios sobre mi vida, el Sacramento de la reconciliación posee un carácter terapéutico y medicinal. El Sacramento de la Penitencia es, dicho de una manera singular, tribunal de misericordia y lugar de curación espiritual.

**3.** Debemos conocer las realidades que componen el signo sacramental del perdón y de la reconciliación. La contrición, la conversión, la acusación de los pecados, el recibir el perdón de Dios, son actos individuales, ya que el pecado es un hecho profundamente personal. Por eso la absolución también es personal. Las palabras que expresan la absolución y los gestos que la acompañan son de una sencillez y de una significación y grandeza muy profunda: «Yo te absuelvo...» y la imposición de la mano y la señal de la cruz trazada sobre el penitente, manifiestan que, en ese momento, quien recibe la absolución, entra en contacto con el poder y la misericordia de Dios.

**4.** Hemos de afirmar que nada hay tan personal e íntimo como este sacramento a través del cual el hombre se encuentra ante Dios sólo con su culpa, su arrepentimiento y su confianza. Nadie puede arrepentirse en su lugar ni puede pedir perdón en su nombre.

## **6. DE LA MANO DE LA VIRGEN MARÍA VAMOS AL DESIERTO, SUBIMOS A LA MONTAÑA, NOS DEJAMOS ESCULPIR POR DIOS, ALCANZAMOS EL TÍTULO DE HIJO Y HERMANO Y CELEBRAMOS EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA**

**S**anta María Madre Dios, ruega por nosotros pecadores. Nosotros te invocamos en Asturias, llamándote Santina de Covadonga. Hoy te añadimos otro título, porque si tu Hijo Jesucristo ha sido enviado a este mundo a revelar la Misericordia de Dios, tú, Virgen María, eres Madre de la Misericordia. Te llamamos Santina de Covadonga, Madre de la Misericordia. Ruega por nosotros, para que vivamos de la Misericordia de tu Hijo. Que nos haga recordar siempre aquellas palabras de San Agustín: «*Quien quiera vivir, tiene en dónde vivir, tiene de dónde vivir. Que se acerque, que crea, que se deje incorporar para ser vivificado. No rehuya la compañía de sus miembros*» (San Agustín, *In Iohannis Evangelium Tractatus*, 26, 13: CCL, 36, 266).

Con gran afecto, os bendice

✠ **Carlos**, Arzobispo de Oviedo